

150 ANIVERSARIO

# TOLSTOI en España

JUAN EDUARDO ZUÑIGA

... decidme los que hayáis leído una obra de Turguénev —Nido de hidalgos—, o de Tolstoi —Resurrección—, o de Dostoyewsky —Crimen y castigo—, si habéis podido olvidar la emoción que esas lecturas produjeron en vuestras almas', preguntaba Antonio Machado a los lectores españoles de literatura rusa, que, pese a mil dificultades, han mantenido el fervor por sus autores excepcionales. Ahora, en este año 78, todos los amigos de las letras rusas recuerdan a León Tolstoi, pues el 9 de septiembre se cumplieron ciento cincuenta años de su nacimiento, y con este motivo, en muchos países —y, en especial, en la URSS—, se han programado actos culturales, exposiciones, publicación de trabajos, hasta películas, para conmemorar estas efemérides.

El conde León Tolstoi fue el escritor ruso que mayor interés suscitó en España cuando llegó a ser un guía espiritual para muchos europeos. Ni Dostoyewsky, que ha merecido estudios hechos por españoles, ni Gorki, en sus épocas de escritor rebelde, lograron la aceptación pública de la que gozó el autor de *Guerra y paz* y de *Ana Karenina*, a finales del siglo pasado y principios de éste. La clase culta española dedicó una gran atención, en periódicos y revistas, a esta figura contradictoria y magnífica, y a la par muy admirada en Francia, que entonces daba a España las pautas del gusto. Bien es verdad que este renombre no lo ganó Tolstoi sólo por sus novelas, sino por la doctrina que hacia 1880 comenzó a predicar, y que,

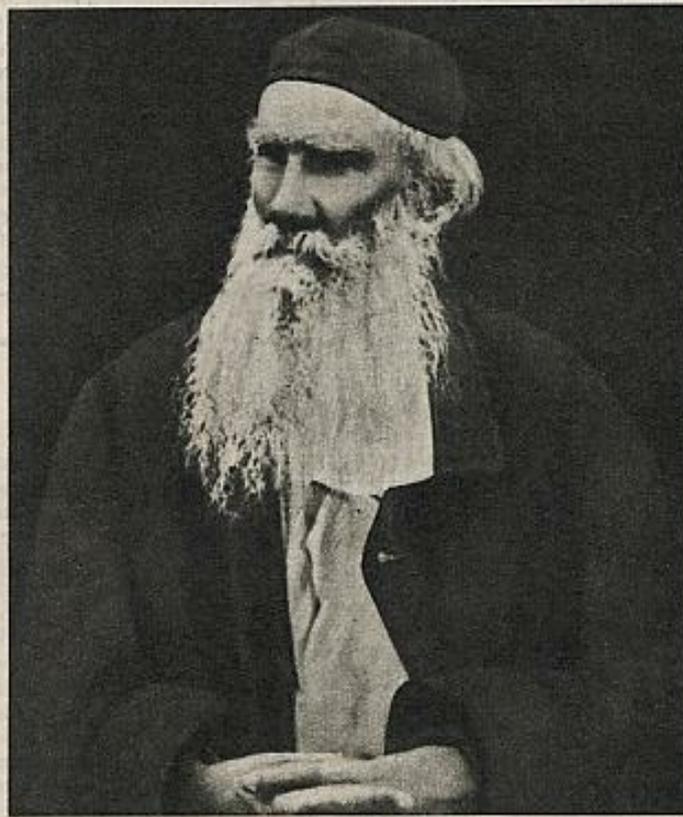
acaso, debido a su misma ambigüedad ideológica, pudo difundirse y ser discutida en amplios círculos españoles.

Después de haber pasado su juventud en los placeres propios de un señor ruso y de haberse entregado con éxito a la literatura, Tolstoi sufrió una crisis de conciencia que cambió radicalmente la orientación de su vida. Influidor por Proudhon, por Schopenhauer, por las sectas de la Iglesia ortodoxa, renuncia a la posesión de bienes y a los títulos

de nobleza, se opone al Estado, a la civilización industrial, propone como salvación el trabajo manual, la igualdad social, la convivencia fraterna. Elaboró una fusión de cristianismo primitivo e ideas antiautoritarias que rechazaban la ciencia, el arte, el matrimonio convencional, el servicio militar, etc.

Este ideario presentaba atractivo suficiente para interesar a todo el espectro cultural de aquellos años. A los librepensadores españoles se les aparecía

La doctrina que Tolstoi empezó a predicar a partir de 1880, mezcla de las ideas de Proudhon, Schopenhauer y de las sectas de la Iglesia ortodoxa, suscitaron gran interés en España y despertaron la desconfianza del sector más tradicional de nuestros intelectuales.



Tolstoi como un importante innovador social, aunque su propuesta de implantar en la tierra el reino de Dios entraba en fricción con el ateísmo entonces tan en boga. Muchos anarquistas fueron tolstoianos, y la similitud de ambas doctrinas era tan acusada que el periodista Luis Morote se creyó obligado, en una entrevista que presuntamente mantuvo con el escritor, a poner en su boca estas tranquilizadoras palabras: "Pero yo soy anarquista pacífico, cristiano, no anarquista violento, ni anarquista de terror, ni anarquista criminal". Así quedaba libre de implicaciones con los terroristas rusos, pero, no obstante, aquellas ideas debieron de despertar desconfianza en cierto sector de nuestros intelectuales, siempre respetuosos con los valores establecidos, y vemos cómo oscilaron entre la condena tajante de Emilio Castelar —"Imposible desconocer las proporciones épicas de un relato histórico tan maravilloso como *La guerra* y más imposible negar el interés despertado en todos los ánimos por novelas como *La sonata de Kreutzer*. Al artista no hay que regatearle aquellos atributos de admiración demandados por la estricta justicia. Pero del filósofo y del pensador, preciso es decir que yerra y yerra gravemente. Como los comunistas, por exceso de amor al bien, trae Tolstoi el mal sobre la Tierra. Queriendo realizar el Sermón de la Montaña en toda su pureza, engendra con toda su gravedad el pecado" ("La España Moderna", septiembre de 1895)— y el entusiasmo de "Clarín" en el prólogo que



Arriba, León Tolstói, en su gabinete de trabajo, cuadro de Repin. Abajo, la finca del escritor ruso, "Yasnaya Poliana".

puso en 1900 a la novela **Redención**, en el que llega a compararla con el "Kempis" por su religiosidad y su moral: "En Tolstói hay algo muy superior al sociólogo y que está al nivel del artista: el apóstol, el hombre religioso, lleno de santa unción".

La obra de Tolstói se comenzó a conocer en España hacia 1886; en abril del año siguiente, Emilia Pardo Bazán dio sus comentadas —por lo inusitado de la

materia— conferencias sobre literatura rusa en el Ateneo de Madrid y en ellas le dedicó un largo estudio al novelista. En 1888 se publicó en Barcelona una traducción de *Ana Karenina*, acaso la primera de otras muchas muy defectuosas, hechas a través del francés. Por su parte, revistas como "La España Moderna" y "La Lectura" insertaban con frecuencia información sobre el escritor ruso, tomada de

publicaciones extranjeras, y sus cuentos y novelas cortas.

Un libro que por entonces se leyó mucho, *La filosofía de Tolstói*, del especialista en temas rusos Ossip-Lourié, fue traducido del francés por Urbano González Serrano, hombre de la Institución Libre de Enseñanza y escritor de obras filosóficas. En un trabajo que publicó estableciendo una comparación entre Tolstói y Goethe hacía una definición

del pensamiento tolstoiano, que en síntesis podía recordar el ideario de la Institución: "... es del principio al fin una protesta, una voz que pide vida más racional, sociedad mejor organizada, amor más puro, individuo más perfecto, ciencia más amplia". También se ha sugerido la existencia de huellas del misticismo tolstoiano en *Nazarín* y *Halma*, de Pérez Galdós, e incluso el problema conyugal que se plantea en *Realidad* parece inspirado en *Ana Karenina*. Sin embargo, aunque hubiera tal influencia pronto debió de ser superada por el sentido realista y positivo de la posterior obra galdosiana.

De las doctrinas de Tolstói, el postulado que tuvo mayor repercusión, el que le apartaba de los revolucionarios de entonces y le acercaba a un ideal evangélico, era el no oponerse al mal con la violencia, y es curiosa la extraña reacción del "Azorín" republicano de aquellos años al preguntarse si Tolstói tenía razón cuando predicaba "la resignación mansa y cristiana, la inercia enervadora, la pasividad trágica" y contestar con palabras del más puro anarquismo: "Buen conde, nosotros no queremos ser sumisos, resignados, inactivos; lanzaremos nuestras ideas en pugna con todas las ideas; destruiremos la tiranía con la violencia; a los explotadores que nos oprimen, los derrocaremos brutalmente; las leyes que nos aprisionan y atosigan, las trituraremos con nuestro ímpetu salvaje. Somos innovadores y bárbaros; somos tempestuosos y audaces" ("Alma Española", 6 diciembre 1903).

La personalidad de Tolstói siguió siendo admirada aun cuando ya entrado el siglo perdía importancia su liderazgo espiritual. En 1905, con motivo de los graves acontecimientos que se produjeron en el llamado "domingo sangriento" de San Petersburgo, fue enviado a Rusia como corresponsal el prestigioso periodista valenciano Luis Morote, que ya hemos citado, el cual publicó en el "Heraldo de Madrid" del 4 de marzo una larga entrevista con Tolstói, al que había ido a visitar a su residencia de

# TOLSTOI

"Yasnaia Poliana". A todas luces, esta entrevista es falsa, probablemente hecha a base de ideas generales sobre el tolstoiismo; en ella extrañan, ante todo, las referencias a temas españoles que Morote atribuye al escritor, lo que indicaría por parte de éste un conocimiento excepcional de nuestra política en aquellos años. Igualmente sorprende que, como despedida, Tolstoi besara a Morote en la frente, lo que le hace exclamar a éste: "Era el ósculo de paz y amor del nuevo Cristo, que desde aquel retiro de anacoreta dirige el pensamiento de la Humanidad". Esta imagen mesiánica de Tolstoi también fue degradándose y una parte del anarquismo, acaso el más analítico, se distanció de él como podemos ver en varios trabajos publicados en "La Revista Blanca", de Federico Urales, en uno de los cuales se hace una justa censura de la contradicción fundamental que sufrió Tolstoi: "Los mejores, los más audaces han sido los revolucionarios... Si Tolstoi no ha comprendido esto es porque jamás ha reconocido las grandes leyes, tan evidentes y claras, en la sociedad. Y si no las ha reconocido es porque ha desdeñado siempre la observación metódica de la realidad. Nunca ha consentido descender hasta esta modesta indagación de la verdad que el sentido común de los mortales llama ciencia. En este sentido no se ha repetido bastante que Tolstoi, bajo la blusa de mujik, ha seguido siendo un aristócrata, el aristócrata desdeñoso y altanero" ("La Revista Blanca", 1 abril 1905).

Ortega y Gasset demostró no tener ninguna estima por la preparación filosófica del novelista ruso; había dicho éste que tras estudiar todas las filosofías no pudo encontrar en ellas ninguna verdad, y Ortega comenta: "... el gran escritor no se aproximó jamás, ni de largo trecho, a ninguna filosofía". Quien tampoco parecía tener consideración por la coherencia de las teorías tolstoianas era Emilia Pardo Bazán, aunque sí advirtió acertadamente su estrecha relación con factores sociales: "No esperemos en-

contrar en los libros de propaganda del conde un sistema filosófico. La verdad no la buscaba en la investigación y el razonamiento, sino por una especie de inspiración iluminista basada en el Evangelio libremente interpretado... Lo que complicó el caso de Tolstoi y prestó resonancia y difusión a sus predicaciones fueron dos circunstancias: el problema político-social de su país y el problema económico-social que en ninguna nación deja de agitar a las masas; el devenir del socialismo y del anarquismo, ola inmensa a la cual no se han puesto diques y que presta interés e importancia a la propaganda de quien, como Tolstoi, es maestro en el arte de expresar sus ideas y revestirlas de eficacia..." ("La Lectura", enero 1911).

De la exaltación romántica que podía provocar el humanitarismo tolstoiiano da buena idea una obra de teatro que se estrenó en el Princesa, de Valencia, en 1904, y cuyo autor era una

personalidad interesante y algo barrojana por su pintoresquismo. José Fola e Igúrbide, escritor, inventor y filósofo que escribió de temas matemáticos (*Teoría trascendental de la evolución del círculo y Naturaleza armónica del espacio*) y varios dramas sociales cuyo rasgo común era la grandilocuencia y la fe en las teorías redentoras (*El sol de la Humanidad, La muerte del tirano, Cristo contra Mahoma*). Su drama tolstoiiano se titula *El Cristo moderno*, y es una transposición de la pasión de Cristo a la Rusia zarista, en la persona de un joven noble que hace suyos los ideales de Tolstoi, predica la no violencia y se enfrenta con su padre, que es un gobernador ruso. Este, en el primer acto, descubre en el cuarto de su hijo libros de Tolstoi: "¡Aquí tienes el veneno que emponzoña el alma de ese mozo!", y arroja al suelo *Resurrección y La verdadera vida*, gritando: "¡Tolstoi, siempre Tolstoi!". El joven se une a los revolucionarios, convierte a su

credo y redime a una Magdalena de clase elevada y al fin es detenido; no vacila en ocupar el puesto de un compañero suyo que va a ser decapitado y así su sacrificio se vuelve acusación de la tiranía y la injusticia.

Años más tarde, Manuel Linares Rivas plagió el tema y varias escenas del drama de Tolstoi, *El cadáver viviente*, en una comedia que se estrenó en 1917 y de la que se dice en el libreto "está inspirada en la idea de una obra del conde León Tolstoi". Es una prueba de cómo estaba presente Tolstoi en la vida cultural española. Tanto al morir éste como cuando se cumplió el centenario de su nacimiento, en la prensa madrileña se publicaron numerosas artículos y comentarios que revelan la honda influencia en muchos de nuestros intelectuales de sus novelas y quizá de sus concepciones éticas. "Mi mocedad fue tolstoiiana", confiesa Zubiri en "Revista de Occidente", o "Yo leí en mi mocedad a León Tolstoi con emoción, con admiración, con pasión", recuerda Luis de Zulueta ("Heraldo de Madrid", 28 agosto 1928), y Ricardo Baeza hace una afirmación más explícita: "Nadie que se interese por las cosas del espíritu puede permanecer indiferente a Tolstoi" (*En compañía de Tolstoi*, Madrid, 1932, p. 17).

Si se recuerda que esta admiración por Tolstoi se fue creando mediante traducciones de escasa calidad, forzoso es aceptar como muy cierta la reflexión de Antonio Machado cuando dijo que si las obras de la literatura rusa, vertidas a un defectuoso castellano, hacían vibrar hasta el fondo del ser, qué riqueza estética y valores esenciales no tendrían en lengua original... Es por esos valores esenciales y literarios por los que este año será recordado León Tolstoi, por su arte en crear el entramado psicológico de una época histórica y cuando ya sus teorías humanitaristas han sido aventadas por el olvido, sus lectores adictos le recordarán por la perenne validez de sus personajes, no sólo intérpretes de la historia rusa, sino modelos del destino humano en cualquier tiempo y en cualquier país. ■



El conde Tolstoi, en su jardín.